

## UN FUTURO AMBIGUO

Alfredo Joignant

La disección de los resultados de la última encuesta CEP ha sido la tónica en estos días, revelando un sentimiento que oscila entre el lamento por el estado de la opinión sobre las instituciones de la República y el alarmismo. Es en esta última expresión sentimental que vale la pena detenerse, puesto que arroja un juicio pesimista sobre el futuro. Según Max Colodro, los datos de la encuesta CEP (que en sí mismos no ofrecen ninguna novedad) permiten augurar que “esto transita hacia una crisis institucional de imprevisibles proyecciones”. En este alarmismo adivinatorio, el analista extrae conclusiones insostenibles, puesto que pasa por alto lo que la encuesta registra: actitudes (fundamentalmente de desconfianza) referidas a instituciones, las que no presuponen comportamientos (por ejemplo de protesta hacia las autoridades, que de existir podrían efectivamente prefigurar –superado un cierto umbral- una “crisis”). Aun más: son pocos los analistas que se dan el tiempo de interrogarse sobre lo que los encuestados podrían estar entendiendo por la pregunta “De acuerdo con las alternativas de la tarjeta, ¿Cuánta confianza tiene Ud. en cada una de ellas?”, en donde el congreso y los partidos aparecen en los últimos lugares: ¿pensarán todos en lo mismo ante una pregunta tan abstracta, se trata de una pregunta que ellos se formulan en la vida práctica y diaria o los entrevistados responden ante un efecto de imposición de problemática?

Pero en fin, todo el mundo da por sentado que todos los encuestados entienden del mismo modo este tipo de preguntas y que todos responden por igual, en virtud de un problema que se le plantearía universalmente a todos. El resultado es que, en efecto, existe en algún sentido (¿cuál?) desconfianza en las instituciones, y que para todos los analistas de la plaza eso es problemático, eventualmente inquietante, y para uno de ellos definitivamente de terror. ¿Cómo no ver que tras la inquietud lo que subyace es una tácita concepción del “Buen gobierno” (parafraseando el título del último libro de Rosanvallon), basada en niveles aceptables de confianza (vaya uno a saber cuáles), en un cierto interés por la política, en admiración por quien encarna la institución presidencial, en una generalizada comprensión de lo que puede significar ser habil, diestro, cercano y dialogante para un gobernante? Mientras no formulemos preguntas de este tipo y sigamos entendiendo a la opinión pública como un artefacto medible, auto-explicativo y poderosamente democrático como para aceptar que todos los que opinan lo hacen en igualdad de condiciones, seguiremos en la letanía del pánico ilustrado de los columnistas.

Es evidente que hay algo inquietante en el funcionamiento de la democracia chilena, pero no sólo por configuraciones actitudinales. Es inquietante por comportamientos de distanciamiento con la actividad política, por la irrupción de un abstencionismo que podría ser de largo plazo, por el temor de los políticos a mostrarse en espacios sociales corrientes y sufrir repudios sociales. Pero la inquietud se basa sobre todo en la ambigüedad, y cada cual podrá ver lo que quiera en la encuesta CEP. En su última columna, E. Guzmán concluía de la disonancia entre la desconfianza y los elevados niveles de satisfacción personal un ideal de autonomía y un rechazo al Estado. Otros podrán ver, en el listado de políticos con

futuro, un bálsamo para la Nueva Mayoría, dado que de los 5 primeros, 4 provienen de esa coalición, 2 son hijos de un ex presidente (I.Allende) y del líder mítico del MIR (Meo) y que esto estaría reflejando el predominio cultural de la izquierda. Puede ser. Pero en todos los casos, en un futuro ambiguo, hecho de indiferencia, desinterés, desidia. Pero de “crisis” irremediable, nada.